

La mujer escuchada

*Fausta Cruz*¹

Contexto histórico

Para la cultura griega, de la que la nuestra bebe como fuente original, la unión entre dos sujetos de sexos opuestos constituye la piedra angular de toda la naturaleza, el punto de partida para todo lo demás. Pero en esa unión, la figura protagónica corresponde al hombre, portador del semen, en tanto que la mujer solamente tiene un papel secundario. Incluso, Platón afirma que la causa de la existencia de la mujer es el castigo a hombres cuyo comportamiento cobarde les hace merecer reencarnarse en otro cuerpo imperfecto.

En cambio, Aristóteles eleva un tanto la categoría de la mujer, concediéndole una participación en el orden natural, pero siempre en un papel subalterno al hombre. En todo caso, la mujer es un mero receptáculo del semen soberano, masculino, que contiene todos los elementos esenciales del ser que habrá de nacer. Cómo dice Lozano (2001) la mujer es un varón frustrado, deforme, incapaz de fabricar semen, sin más función que la de recibir la simiente masculina, que introduce la fuerza creativa y el alma del ser que se engendra. En este sentido, el orden natural se organiza desde el sometimiento de la mujer al hombre, que manda en un régimen único. El hombre es el rey. La mujer no tiene otra razón de ser que la procreación y ocupa en la jerarquía social un papel meramente intermedio entre el hombre

¹ Psicoanalista. Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). Residenciada en las Islas Canarias-España.

—el señor— y los esclavos que son cosas, sin sexo, sin entidad, en el concepto social de la polis.

Superior al esclavo e inferior al hombre, la mujer se asemeja a éste como ser sexuado, pero es diferente porque está próxima a la animalidad y, en este aspecto, es susceptible de tornarse peligrosa para la ciudad. Por lo tanto, se opone al hombre por ser “pasiva”, mientras que él es “activo”, lo cual hace de ella un “hombre invertido”, según lo prueba la posición de sus órganos: su útero es el equivalente de un pene. (Roudinesco, 2004, p. 126).

La cultura griega consideraba que la madre humana se limitaba a imitar a la tierra en su función engendradora. La fertilidad reside originalmente en la tierra, la madre resulta así despojada de toda dignidad; incluso, de la única que podría atribuírsele, la maternidad. De esta manera, el hombre asume todas las dignidades, es acreedor de todo el respeto y consideración y es él a quien corresponde el poder: de hechos y de pensamiento.

Pero incluso en este lugar sin importancia que ocupa la mujer en el orden social, existen dos categorías. La de la mujer que, en efecto, ha parido y merece en verdad el nombre de madre, y aquella cuyos hijos no son biológicamente suyos. Pero hasta esta diferenciación de categorías encierra un contenido maléfico, en el sentido de que carga sobre toda mujer un elemento permanente de sospecha. Para el pensamiento griego, la mujer es, en todo caso, susceptible de falsificación, tanto en su suplantación de la verdadera madre, la tierra, cuando ha parido o, en el peor de los casos, suplantadora hasta de ese papel imitador, cuando ni siquiera ha parido realmente a los hijos.

Parece importante recordar que, en la cultura griega, solamente dos figuras tenían derecho a que su memoria fuera recordada en las tumbas. Las lápidas en los cementerios estaban reservadas para aquellos hombres que morían en la batalla y aquellas mujeres que lo hacían en el trance del parto.

Personajes

Clitemnestra era hija de Tindáreo y Leda, hermana gemela de Helena, que era fruto de la violación de Leda por Zeus en forma de Cisne. Clitemnestra se casa con Tántalo con el que tiene cuatro hijos, Agamenón mata tanto a sus

hijos como a su marido, es obligado por los dioses a casarse con Clitemnestra con la que tiene tres hijos, Ifigenia y los gemelos Electra y Orestes.

Helena, la hermana de Clitemnestra, pero como sabemos, hija de Zeus, elige como marido a Menelao con quien tiene una hija y se fuga con Paris a Troya, hecho que provoca la guerra con Troya.

Cassandra es hija de Príamo y Hécuba y hermana gemela de Heleno; los dos tienen el don de la profecía, pero como Cassandra rechaza a Apolo, este la priva del don de la persuasión escupiéndole en la boca, por lo que sus augurios no son escuchados. Es entregada a Agamenón como parte del botín de guerra, pasa a ser su esclava-concubina, y de esa relación nacen unos gemelos, Telédamo y Pélope.

Eurípides relata el comienzo de las tragedias y el asesinato de Ifigenia como sigue:

Como pretendientes de (Helena) acudieron los príncipes más poderosos de Grecia. Entre ellos se cruzaron terribles amenazas, incluso de muerte, por parte de aquel que no consiguiera a la joven. (...) [Los pretendientes juraron] defender a aquel de quien se hiciera esposa la joven Tindáride, si alguno la raptaba y escapaba con ella lejos de su palacio despreciando a su marido y el lecho conyugal; y marchar en campaña para arrasar su ciudad por las armas, tanto fuese griega o bárbara (...) y el viejo Tindáreo le permite a su hija elegir a uno de los pretendientes (...) Cuando desde Frigia llega [Paris] primoroso con la pompa de sus vestidos y deslumbrante de oro, con su lujo bárbaro, se enamora de ella (Helena) y ella de él. Aprovechando la ausencia de Menelao se marcharon a los prados de Ida.

...por eso los griegos acudieron a la lanza y tomando sus armas han llegado a los pasos angostos de esta región de Áulide, guarnecidos de naves y escudos, con numerosos caballos y carros. Y a mí, luego, en atención a mi hermano Menelao me eligieron para dirigir el ejército. ¡Dignidad ésta que ojalá otro hubiera recibido en mi lugar!... [el ejército reunido no puede navegar] y en nuestro apuro consultamos a los oráculos, respondió que sacrificáramos a Ifigenia, a quien yo engendré...

Yo ordene (...) que licenciara a la tropa, porque pensé que jamás me atrevería a sacrificar a mi hija. Peo entonces mi hermano (...) me persuadió a cometer esa atrocidad. (263-265)

Agamenón duda, escribe y reescribe la tablilla y finalmente envía una en que le pide a Clitemnestra que mande a Ifigenia a fin de desposarla con Aquiles. Cuando Clitemnestra llega al campamento se entera de lo que está

pasando y confronta a Agamenón: “¿vas a matar a tu hija, tuya y mía?”, a lo que él responde: “¡Ah! Has aludido a algo atroz, y sospechas lo que no debieras”. Clitemnestra insiste: “Ten calma y respóndeme a lo que te pregunté antes” y Agamenón le responde: “Si tú preguntaras cosas razonables, te respondería razonablemente”. Ante la negativa de Agamenón a reconocer sus planes, Clitemnestra le reprocha:

... me desposaste contra mi voluntad y me conseguiste por la violencia, después de matar a mi anterior marido, Tántalo, y tras haber estrellado contra el suelo a mi pequeño hijo, que arrancaste brutalmente de mis pechos. (...) Mi padre te protegió cuando viniste a él como suplicante y otra vez obtuviste mi lecho. Desde entonces quedé reconciliada contigo y confirmarás que hacia ti y hacia tu casa fui una mujer sin reproche”.
 ... Si partes a la guerra dejándome en el hogar y regresas allí después de larga ausencia, ¿qué corazón crees que guardaré recluida en nuestro palacio?
 ¡Sea! ¡Vas a sacrificar a tu hija! ¿Qué ruegos vas a pedir entonces? ¿Qué bien pedirás para ti al degollar a un hijo? ¿Un regreso funesto, cuando ya sales infame de tu patria?

Ifigenia se dirige al padre y le dice:

... como un ramo de suplicante tiendo hacia tus rodillas mi cuerpo, que ésta (indicando a Clitemnestra) dio a luz para ti. ¡No me destruyas tan joven! (...) Fui la primera en llamarte padre y la primera a la que llamaste hija; la primera que puse mi cuerpo sobre tus rodillas, que te di y recibí cariñosas caricias (...) Yo guardo el recuerdo (...) pero tú has olvidado y quieres matarme. (...) apiádate de mi vida (...) Está loco el que desea morir. (...) Es mejor vivir mal que morir honrosamente.

Agamenón argumenta que la sacrifica para proteger a los griegos del saqueo de los bárbaros, que no puede hacer otra cosa. (304-308).

Aquiles se ofrece a defender a Ifigenia e impedir el sacrificio pero ella renuncia “me diste a luz como algo común a todos los griegos, y no para ti sola”, “La vida del mil mujeres no vale la de un hombre”, “Déjame que salve a Grecia, si está en mi poder”.

Le pregunta a la madre por qué llora y le dice: “No cortarás la melena de tu pelo y no cubrirás tu cuerpo de negras vestiduras”. Clitemnestra le dice: “¿No debo llevar luto por tu vida?”, y le responde: “De ningún modo, porque no se alzaré tumba por mí. (...) Porque soy afortunada y salvadora

de Grecia” “No guardé odio a mi padre, y tu esposo” “A su pesar me ha perdido por la salvación de Grecia”, a lo que la madre responde: “Terribles riesgos tendrá él que correr por tu causa” “(ha actuado) con engaño, de un modo innoble, indigno de Atreo” (314-316).

Ante el altar del sacrificio Ifigenia dice:

Padre, aquí estoy, junto a ti, y mi cuerpo por mi patria y por toda Grecia entrego voluntariamente a los que me conducen al sacrificio en el altar de la diosa, ya que este es el mandato del oráculo. ¡Y por lo que de mi depende, que seáis felices y consigáis la victoria para vuestras lanzas y el regreso a nuestra tierra patria! Por eso, que ninguno de los argivos me toque, que ofreceré en silencio mi garganta, con animoso corazón”. (320)

Cuando Agamenón vuelve a encontrarse con Clitemnestra le dice:

¡Mujer, podemos ser dichosos por nuestra hija! Pues realmente goza de la compañía de los dioses. Ahora debes tomar en tus brazos a este pequeño cachorro (señalando a Orestes) y regresa a casa, pues el ejército atiende ya a la navegación.
¡Y adiós! Larga será la tardanza de mis saludos a la vuelta de Troya. ¡Y que te vaya bien!

Las citas corresponden a *Ifigenia en Áulide* (322) de Eurípides.

Esquilo “Ni súplicas, ni gritos de padre, ni su edad virginal para nada tuvieron en cuenta los jefes, ávidos de combatir.”

“Tras la plegaria, como ella estaba arrebujada en sus vestidos y agarrándose al suelo con toda su alma, ordenó el padre a los que eran sus ayudantes en el sacrificio que la levantaran y la pusieran sobre el altar, como si fuera una cabritilla, y que con una mordaza sobre su bella boca impidieran que profiriese una maldición contra la familia” (Esquilo 382).

Muerte de Casandra

Esquilo define a Clitemnestra como una mujer previsora y tan decidida como un varón, mujer con buena memoria y con saña vengadora de su hija. “Hablas, mujer, como un prudente varón. Así que yo, como yo ya he escuchado tus fidedignas pruebas, me dispongo a invocar a los dioses...” (387)

La acción impía genera otras muchas que son semejantes a su casta (402), “que una mujer se quede en casa, lejos de un hombre, es un terrible desgracia. (...) Por esta clase de cuentos malintencionados, otras personas, a la fuerza, soltaron nudos corredizos colgados del techo cuando ya mi garganta apretaban (...) Las fuentes del llanto que otrora manaban como torrentes, se me han secado. Tengo enfermos mis ojos de acostarme al amanecer. Por pasarme la noche llorando...”. (407)

Dirigiéndose a Agamenón: “No respetes, entonces, la humana censura”. Agamenón le pide a Clitemnestra que acoja a Casandra:

...acoge en palacio benévolamente a esta extranjera, que con agrado mira la deidad desde lejos al ejercer el poder con benignidad, porque nadie lleva con gusto el yugo de la esclavitud. Ella, como flor escogida de entre muchas riquezas, es un regalo que me ha hecho el ejército, ha venido conmigo. (410)

Casandra no quiere entrar en el palacio; el coro insiste, Clitemnestra no, va a preparar, aparentemente, el banquete de bienvenida:

... no voy a rebajarme dirigiéndole más la palabra.

¡Oh Apolo, Apolo! ¡Divinidad de los caminos, mi destructor, pues me has destruido sin sentir pena por segunda vez!

Ella sigue con el don de la profecía a pesar de ser esclava:

¡Apolo! ¡A dónde me has traído? ¡Desmedido, desmedido crimen se está preparando en este palacio! ¡Crimen insostenible para los amigos, crimen irremediable! (417)

¿Para qué me trajiste aquí —¡desgraciada de mí!— sino a acompañar a otro a la muerte? (418)

A Casandra se le piden solo palabras de buen augurio.

Cuando Casandra llega con Agamenón a su palacio, donde se encuentra Clitemnestra con Egisto, que es su pareja y sin sus hijas, de las que la han privado por razones oscuras, Casandra adivina lo que va a pasar y dice:

—Poco provecho sacaré con la huida. (426)

Y le responde el corifeo:

—Pero es grande al mortal morir con buena fama.

—La casa exhala muerte que chorrea sangre (...). Es un hedor semejante al que procede de un sepulcro (...) ¡Ea! Voy a llorar dentro del palacio mi muerte y la de Agamenón. ¡Basta de vivir! (426)

”¡Ay, extranjeros! No gimo de miedo como un pajarillo en un matorral, sino para que, una vez muerta, seáis mis testigos cuando una mujer muera en compensación de mi muerte y un hombre caiga para pagar la muerte de un hombre que tuvo una esposa perversa. Como voy a morir, os pido este don de hospitalidad. (426)

”No sentiré vergüenza de decir lo contrario de lo que he dicho antes según era oportuno [...] Con el tiempo acabó por llegarme este combate que yo tenía meditado de antiguo, debido a una vieja querella.

”Aquí estoy en pie, donde yo he herido, junto a lo que ya está realizado. Lo hice de modo –no voy a negarlo– que no pudiera evitar la muerte ni defenderse. Lo envolví en una red inextricable, como para peces: un suntuoso manto pérfido. Dos veces lo herí, y con dos gemidos dobló sus rodillas. Una vez caído, le di el tercer golpe, como ofrenda de gracias al Zeus subterráneo salvador de los muertos. [...] Me salpicaron las negras gotas del sangriento rocío, y no me puse menos alegre que la sementera del trigo cuando empieza a brotar con la lluvia que Zeus concede. (429)

Clitemnestra le responde:

—Éste es Agamenón, mi esposo, pero cadáver. Obra es ello de esta diestra mano, un justo artífice. Esto es así. (430)

”¡Por Justicia –la vengadora de mi hija– por Ate y Erinia, en cuyo honor degollé a ése, no abrigues la esperanza de que el miedo vaya a poner su pie en mi palacio. Mientras encienda el fuego en mi hogar Egisto bien dispuesto hacia mí como antes, pues es para mí un no pequeño escudo de valor!

”Ahí yace el ofensor de esta esposa, el deleite de las Crispidas al pie de Ilío y también esta prisionera, su adivina y compañera de lecho, profetisa que con él compartía fielmente su cama, pero que frecuentaba igualmente los bancos de los marineros. (431)

”Ninguno de los dos se salió con la suya en la impunidad. Él, de este modo, y ella, tras cantar como un cisne el lamento postrero de muerte, yace a su lado como su amante; y me ha traído un condimento para dulzura de su lecho. (432)

El coro añade:

—¡Ay, loca Helena! ¡Tú sola hiciste que perecieran muchas vidas, muchísimas vidas al pie de Troya! (432)

Egisto dice:

—Atreo, el soberano de este país, el padre de ése, a Tiestes, mi padre, y,

para decirlo con claridad, hermano suyo, con el que estaba disputando el poder, lo desterró de la ciudad y del palacio. Y, al haber regresado al hogar como suplicante el infeliz Tiestes, halló seguridad en lo que a él se refería: no ensangrentar con su muerte el suelo patrio. Pero, como presente de hospitalidad, el impío padre de éste ofreció a mi padre con más interés que amistad, aparentando que celebraba en demostración de buena voluntad un día dedicado a los sacrificios, un festín con las carnes de sus propios hijos. (436)

El corifeo le increpa:

—Egisto, no siento respeto por el que en sus crímenes se comporta con insolencia. (437)

Clitemnestra:

La planificación de la muerte de Clitemnestra comienza frente a la tumba de Agamenón, cuando Electra se dirige a su padre y le pide:

—Y escúchame, padre, concédeme que llegue yo a ser mucho más casta que lo es mi madre y más piadosa con mi mano. (452). Aquí, sobre la tumba, estoy viendo un bucle cortado (...). No hay nadie, excepto yo, que se lo haya cortado. (454)

El corifeo responde:

—Sí, los enemigos, a quienes convenía manifestar su duelo con el cabello [...]. ¿A qué cabellera? Quiero saberlo. (454)

Electra dice:

—Es muy semejante en su aspecto a la mía [...]. En homenaje a su padre, envió sus cabellos cortados (454). Pero tampoco se lo cortó la que lo mató, mi madre, sí, indigna de ese nombre, pues siempre ha tenido pensamientos impíos para sus hijos [...]. Hay un segundo testimonio: huellas de pies iguales y comparables a los míos. En efecto, aquí hay dos pares de huellas, las suyas y las del que camina a su lado. Los talones y las señales de los tendones, al ser medidas coinciden con las mías. (455)

¡Oh madre cruel y audaz en todo! ¡Con un cortejo fúnebre compuesto de enemigos, sin que a su Rey acompañaran los ciudadanos, sin lamentos de duelo, sin que fuera llorado osaste enterrar a tu marido! (463)

Interviene Orestes:

Todo lo ejecutaste —¡ay de mí!— de una manera ignominiosa. ¡Pero vas a pagar tu ignominia por deseo de los dioses y acción de mis manos! Luego, ¡qué

yo muera, después de matarte! (464). ¡Padre, tú que recibiste la muerte de una manera indigna de un Rey, concédeme –te lo suplico– el poder sobre tu palacio! (466)

Dice Electra:

Sí. Para un varón muerto, son los hijos de los salvadores de su buen nombre y, como los corchos, arrastran la red y salvan del abismo del mar el huso de lino. (467)

El Corifeo apunta:

La verdad es que los dos han alargado unas razones que no merecen ningún reproche: son en honor de una tumba cuyo destino fue no ser llorada. (467), Según dice ella misma, creyó haber parido una serpiente. (468)

Orestes habla en nombre de Electra:

Si franqueo el umbral de la puerta exterior y lo encuentro en el trono de mi padre, y, después de venir él hasta mí, me habla cara a cara, lo haré cadáver, tras ensartarlo con mi rápida espada. (470)

Dice el Coro:

Pero, ¿quién podría decir el orgullo, audaz en exceso del varón y los amores impudentes de las mujeres que son osadas de corazón y (...) compañeras de ruina de los mortales?

El deseo desprovisto de amor que domina a la hembra lleva a la desgracia a las parejas de vida común, tanto de bestias como de mortales. (470)

Recuerda a una esposa abominable, odiosa para su familia, y la perfidia concebida por un corazón de mujer contra un varón portador de armas para defenderse, contra un guerrero que con razón inspiraba respeto a sus enemigos. (472)

Habla Clitemnestra:

Extranjeros, podéis hablar, si necesitáis alguna cosa. Hay en palacio lo que es conveniente en tales ocasiones: baños calientes, lechos que calman la fatiga y compañía de miradas justas.

Pero, si hay que tratar de algo que requiera mayor prudencia, cosa es ésta propia de hombres. Se lo comunicaré. (474)

Replica Orestes:

Di a sus padres con toda exactitud que Orestes ha muerto. (474)

Exclama Clitemnestra:

¡Ay de mí! ¿Cómo me siento destruida absolutamente de arriba abajo!
¡Oh insuperable maldición de este palacio! ¡Y ahora la esperanza que había en la familia de que él curara de su locura de maldad, anótalo: nos ha abandonado! (474)

Sigue hablando Clitemnestra y le dice a la esclava:

Condúcelo a las habitaciones de los varones que hay reservadas para los huéspedes en el palacio —y a su servidor y compañero de viaje— y que allí disponga de lo conveniente. Te recomiendo que lo hagas como responsable que eres de ello. Yo voy a comunicar estas noticias al que manda en la casa. (475)

Advierte el Corifeo:

Ahí veo a la nodriza de Orestes anegada en llanto. (475)

La Nodriza se lamenta:

Me ha mandado el ama llamar a Egisto con toda urgencia a donde están los extranjeros, para que, luego que haya venido, de hombre a hombre, se informe con más claridad de esta noticia recién anunciada. Sin duda, al oírlo, cuando él se entere del relato, se alegrará de corazón. ¡Ay, triste de mí! ¡Cómo los antiguos dolores, insoportables, acumulados en este palacio de Atreo, me alcanzaron y fueron haciendo sufrir a mi corazón dentro del pecho! (476)

Dice Egisto:

Me he enterado de que unos extranjeros que han venido traen una noticia reciente que en modo alguno es deseable: la muerte de Orestes.

Esto puede ocurrir que traiga a esta casa, ya herida y dañada por la muerte anterior, una pesadumbre que siembra espanto. ¿De qué manera puedo creer que eso es verdadero y real? ¿O es que se trata de rumores de mujeres asustadas, que saltan al aire y se deshacen sin utilidad? ¿Cuál de estas dos posibilidades podrías tú aclararme hasta el punto de hacerlo evidente a mi pensamiento? (481)

Clitemnestra responde:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué gritos son esos que estabas dando por el palacio? (482)

Y el Esclavo:

El muerto ha matado al vivo. Te lo aseguro. (482)

Añade Orestes:

A ti también te estaba buscando. Este ya tiene suficiente. (482)

Clitemnestra gime:

¡Ay de mí! ¡Has muerto, amadísimo, valiente Egisto! (483)

Ante lo cual, Orestes pregunta:

¿Amas a ese hombre? Pues, entonces, vas a yacer en la misma tumba.
(483)

Y Clitemnestra le contesta:

¡Detente, hijo mío! Respeta, niño mío, este pecho en el que, apoyado, te adormecías durante el tiempo que tú mamaste mi leche nutricia. (483)

Orestes pregunta a Píldes:

Píldes, ¿qué hago? ¿Debo sentir escrúpulos de matar a mi madre?
(483)

Y Orestes le dice a Clitemnestra:

Quiero degollarte al lado de ése que, cuando vivía, preferiste a mi padre.
¡Duerme con él, cuando hayas muerto, ya que amas a ese hombre y odias al que debías amar! (483)

Clitemnestra replica:

Yo te críe y quiero hacerme vieja a tu lado. (483)

Orestes le responde:

¿Qué vas a vivir tú conmigo? ¿Tú? ¿La asesina de mi padre? (483)

Clitemnestra, exclama:

¿No te espantas, hijo, de las maldiciones de tu madre? (484)

Y Orestes responde:

¡No! Porque, después de haberme parido, me arrojaste tú a la desdicha.
(484)

Clitemnestra afirma:

No te arrojé. Te envié a la morada de un aliado. (484)

Orestes se irrita:

¡Indignamente fui vendido! ¡Yo, el hijo de un padre libre! (484)

Clitemnestra aduce:

Cuenta también los devaneos de tus padres. (484)

Orestes advierte:

No censures al que se afana, mientras tú permaneces ociosa. (484)

Clitemnestra apunta:

¡Hijo mío, es un dolor, para la mujer, el estar alejada del marido! [...] Tengo la impresión de que estás dispuesto a matar a tu madre. (484)

Orestes le responde:

Tú –no yo– es quien va a matarte. (484)

Clitemnestra se queja:

¡Todo es inútil! ¡Cómo si me pasara la vida lamentándome junto a una tumba! (485)

Orestes declara:

El hado de mi padre determina tu muerte. (485)

Clitemnestra se lamenta:

¡Ay de mí, que parí y crié una serpiente! ¡Qué certero adivino el terror de mis sueños! (485)

Orestes arrastra a Clitemnestra hacia el interior –seguido de Pilades– mientras dice:

¡Mataste a quien no debías! ¡Sufre ahora lo que no debía suceder! (485)

El Corifeo exclama:

¡Entonad el canto de triunfo por el palacio de mi amo, porque ya se alejó el infortunio y el derroche que hacía de sus riquezas una pareja de seres impuros! ¡Porque huyó para siempre su suerte funesta! (485)

Orestes declara:

Ved ahí a los dos tiranos del país, a los asesinos de mi padre, a los que han saqueado mi palacio.

Pasaban por personas respetables, sentados entonces en el trono. Ahora siguen amándose, a juzgar por la suerte que han sufrido. Su juramento permanece fiel a las promesas que se hicieron. Sí. Se juraron el uno al otro dar muerte a mi desgraciado padre y morir juntos. Esto cuadra en mi juramento. (487. Afirmo que no sin justicia he matado a mi madre, esa impura asesina de mi padre, ese ser odioso para las deidades. (489)

El Corifeo proclama:

¡Oh, el más amado, para tu padre, de entre todos los seres humanos! ¿Qué visiones te están trastornando? ¡Detente! ¡No sientas miedo, ya que has logrado una gran victoria! (490)

Y Orestes afirma:

No hay visión ninguna que me torture. ¡Esas son claramente las rencorosas perras que pretenden vengar a mi madre! (490)

Aproximación comprensiva a las tragedias

Quiero centrarme en algunos aspectos de esta primera muerte, Ifigenia, la primera y más querida de los hijos de Clitemnestra con Agamenón. El primer aspecto es la transformación que sufre la situación. Se convierte de una celebración matrimonial a una muerte programada, buscando salir de una situación de impotencia (castración). Los vientos (los dioses) se oponen a su deseo, aparentemente, para proteger a los griegos, pero realmente, para tener el honor y el reconocimiento de dirigirlos en el campo de batalla.

Esta transformación hace la situación familiar ominosa, terrorífica. Hace desconocido lo familiar. El padre cariñoso, se convierte en asesino [Ifigenia se dirige al padre y le dice “como un ramo de suplicante tiendo hacia tus rodillas mi cuerpo, que ésta (indicando a Clitemnestra) dio a luz para ti. ¡No me destruyas tan joven! (...) Fui la primera en llamarte padre y la primera a la que llamaste hija; la primera que puse mi cuerpo sobre tus rodillas, que te di y recibí cariñosas caricias. (...) Yo guardo el recuerdo (...) pero tú has olvidado y quieres matarme. (...) apiádate de mi vida (...) Está loco el que desea morir. (...) Es mejor vivir mal que vivir honrosamente”. Agamenón argumenta que la sacrifica para proteger a los griegos del saqueo

de los bárbaros, que no puede hacer otra cosa.] # No es solo la transformación de la boda en sacrificio, sino que, como se repite el matar a una hija de Clitemnestra, de nuevo mata; y ella se lo recuerda [me conseguiste por la violencia, después de matar a mi anterior marido, Tántalo, y tras haber estrellado contra el suelo a mi pequeño hijo, que arrancaste brutalmente de mis pechos. (...) Mi padre te protegió cuando viniste a él como suplicante y otra vez obtuviste mi lecho. Desde entonces quedé reconciliada contigo y confirmarás que hacía ti y hacia tu casa fui una mujer sin reproche”] #

No hay voluntad que se oponga, no existe posibilidad de diálogo. Cuando la mujer habla, su discurso es invalidado [“¿vas a matar a tu hija, tuya y mía”, y que le responde: “¡Ah! Has aludido a algo atroz, y sospechas lo que no debieras. Clitemnestra insiste: “Ten calma y respóndeme a lo que te pregunté antes” Agamenón le responde: “Si tú preguntaras cosas razonables, te respondería razonablemente”] # La descalificación protege de enfrentar la verdad, y hasta la mujer se une al discurso dominante “la vida de mil mujeres, no vale la de un hombre”; y su poder está en la muerte. “Déjame que salve a Grecia, si está en mi poder”; hace una negación de su muerte, ordenándole a la madre que no lleve luto por ella, como si no hubiera muerto [Le pregunta a la madre porque llora y le dice: “No cortarás la melena de tu pelo y no cubrirás tu cuerpo de negras vestiduras”. Clitemnestra le dice: “¿No debo llevar luto por tu vida? Y le responde: “De ningún modo, porque no se alzaré tumba por mí.” (...) Porque soy afortunada y salvadora de Grecia”, “No guarde odio a mi padre, y tu esposo”, “A su pesar me ha perdido por la salvación de Grecia”, a lo que la madre responde: “Terribles riesgos tendrá él que correr por tu causa” “(ha actuado) con engaño, de un modo innoble, indigno de Atreo”] # Se identifica con el padre, como decía Fairbairn (cito de memoria) “el poder aterrador del adulto que tiene que cuidar y no lo hace, y, al contrario, expone al niño al ataque y la destrucción”. Una forma de defensa y protección del yo es sentir que, en alguna forma, se controla la situación. Si el niño se vive como malo, en este caso, Ifigenia, transforma la situación, ofreciéndose ella para el sacrificio, deja de ser pasiva y aparentemente toma un rol activo, que es menos terrorífico [Ante el altar del sacrificio Ifigenia dice: “Padre, aquí estoy, junto a ti, y mi cuerpo por mi patria y por toda Grecia entrego voluntariamente a los que me conducen al sacrificio en el altar de la diosa, ya que este es el mandato del oráculo. ¡Y por lo que de mí depende, que seáis felices y consigáis las victorias para vuestras lanzas y el regreso a nuestra tierra patria! Por eso, que ninguno de los argivos me toque, que ofreceré en silencio mi garganta, con animoso corazón”]. No la matan, ella se ofrece para el sacrificio, y mantiene

la posibilidad de que si ella cambiara y se opusiera, el sacrificio no tendría lugar. Cuando, en realidad, lo que sucedió fue como lo describe Esquilo: “Tras la plegaria, como ella estaba arrebujaada en sus vestidos y agarrándose al suelo con toda su alma, ordenó el padre a los que eran sus ayudantes en el sacrificio que la levantaran y la pusieran sobre el altar, como si fuera una cabritilla, y que con una mordaza sobre su bella boca impidieran que profiriese una maldición contra la familia”.

Agamenón niega las consecuencias de su acto y le dice a Clitemnestra [“¡mujer, podemos ser dichosos por nuestra hija! Pues realmente goza de la compañía de los dioses. Ahora debes tomar en tus brazos a este pequeño cachorro (señalando a Orestes) y regresa a casa, pues el ejército atiende ya a la navegación.

¡Y adió! Larga será la tardanza de mis saludos a la vuelta de Troya. ¡Y que te vaya bien! Niega el asesinato, su hija sigue viva con los dioses, él no ha hecho ningún daño; a la vez impide el diálogo y no hay espacio para el horror que sufre Clitemnestra, sometida al poder asesino de Agamenón, que no acepta nada que se oponga a su deseo. Él, de quien los ejércitos reciben honores. Y mostrarse más fuerte y poderoso que el bárbaro cubierto de oro, que fue deseado por Helena. Lo cual tampoco es aceptable, que la mujer tenga un deseo propio distinto al del hombre. Porque si tiene deseo pasa a ser sujeto y no solo otro sobre el que se ejerce poder.]

Se espera de Clitemnestra que olvide y se espera que siga siendo la buena y prudente esposa que ha sido después del asesinato de su esposo Tántalo y de sus hijas; pero ella previene a Agamenón: “...Si partes a la guerra dejándome en el hogar y regresas allí después de larga ausencia, ¿qué corazón crees que guardaré recluida en nuestro palacio?”.

“¡Sea! ¡Vas a sacrificar a tu hija! ¿Qué ruegos vas a pedir entonces? ¿Qué bien pedirás para ti al degollar a un hijo? ¿Un regreso funesto, cuando ya sales infame de tu patria?” Pero él va en busca de gloria, de honores y dignidades, en última instancia, de más poder, sin sentir que sus acciones van a tener castigo. Y regresa después de diez años con grandes honores y con el botín conseguido en la guerra. Parte de ese botín es Casandra, profetisa sin poder de convicción, por no someterse al deseo de Apolo. Agamenón regresa después de esos diez años con su esclava concubina y con los gemelos que ha tenido con ella, mientras Clitemnestra ha sido privada también de sus gemelos Orestes y Electra. Agamenón espera que Clitemnestra haya olvidado, y que lo espere con celebraciones. Pero Clitemnestra tiene buena memoria y sería vengadora de su hija. Agamenón llega con todo, éxitos, nuevos “cachorros” y el botín de lo más preciado, Casandra, que habían

disputado para él hasta los dioses, la que se había resistido a un dios, Apolo, el gran trofeo. Clitemnestra había sido privada de todo lo que la hacía valiosa frente a la sociedad griega, sus hijos, por las acciones de Agamenón.

Cassandra, a pesar de reconocer el peligro, se siente atrapada, sin posibilidad de huida, como esclava. Acompaña a Agamenón en la muerte y muere como una parte de la venganza de Clitemnestra, que ha visto como toda su vida ha sido destruida por el poder sin límite de Agamenón.

Cassandra muere por ser compañera de Agamenón, por ser su amante. Realmente, si en ningún momento se hubiera planteado las consecuencias de sus actos y el efecto que esto iba a tener en su mujer; como si no tuviera continuidad de ser; todo como si esas acciones “impías” no tuvieran ninguna consecuencia. Las griegas solo podían tener honor, que sus lápidas fueran grabadas, si morían en el parto, directa o indirectamente. Agamenón privó a Clitemnestra de sus hijos, de ser una verdadera esposa, lo que solo se era después de haber parido; y regresa con una esclava que tiene dos hijos. Esta es la ofensa máxima para la esposa que toma venganza “¡Por Justicia –la vengadora de mi hija– por Atenea y Erinia, en cuyo honor degollé a ése, no abrigues la esperanza de que el miedo vaya a poner su pie en mi palacio. Mientras encienda el fuego en mi hogar Egisto bien dispuesto hacia mí como antes, pues es para mí un no pequeño escudo de valor!

Ahí yace el ofensor de esta esposa, el deleite de las Crispidas al pie de Ilío y también esta prisionera, su adivina y compañera de lecho, profetisa que con él compartía fielmente su cama, pero que frecuentaba igualmente los bancos de los marineros. (431)

Ninguno de los dos se salió con la suya en la impunidad. Él, de este modo, y ella, tras cantar como un cisne el lamento postrero de muerte, yace a su lado como su amante; y me ha traído un condimento para dulzura de su lecho.” (432)

Clitemnestra también rechaza la sexualidad de Cassandra, de cuya fidelidad desconfía y define como promiscua.

Sin duda que el primer móvil es la venganza; pienso que está también la envidia de esa otra mujer joven y capaz de engendrar y tener hijos, que parece que era algo que ya había perdido, por la edad o por temor a la repetición y que nuevos hijos sean robados o asesinados.

A Clitemnestra antes de su muerte, lo primero que se le reprocha es que no sea suficientemente casta. Ese es el reproche de Electra, su hija. Pero el primer reproche de Orestes, su hijo, es que no le dé el poder, que en el lugar del padre no lo haya puesto a él, sino a otro hombre. Electra y Orestes son gemelos; son aspectos escindidos, mientras la hija pide no ser como ella,

no tener deseo, el hijo le reprocha no ocupar el lugar del padre, el lugar del poder absoluto sobre la vida de la madre: “Orestes ¡Padre, tú que recibiste la muerte de una manera indigna de un Rey, concédeme –te lo suplico– el poder sobre tu palacio! (466)

Electra Sí. Para un varón muerto, son los hijos de los salvadores de su buen nombre y, como los corchos, arrastran la red y salvan del abismo del mar el huso de lino.” [Orestes (por Electra) - //... si franqueo el umbral de la puerta exterior y lo encuentro en el trono de mi padre, y, después de venir él hasta mí, me habla cara a cara... (469) ...//... lo haré cadáver, tras ensartarlo con mi rápida espada.” (470)

¿Cuál es el trono del padre? ¿El mando o el lecho?

Me parece que la traición de la madre es que su deseo, una vez muerto el padre no se dirige a los hijos, no les da el poder del palacio-cuerpo de la madre, cuyas puertas están cerradas para los hijos, y su deseo se dirige a otro, a un hombre que ocupa su lugar de deseo, no a los hijos que se sienten abandonados y desplazados.

La figura de Clitemnestra-Egisto (su nueva pareja) era terrorífica, castradora, por lo excluyente del poder. Esa figura con deseo, orgullo “el deseo desprovisto de amor que domina a la hembra lleva a la desgracia tanto de bestias como de mortales (...). Recordar a una esposa abominable, odiosa, para la familia y la perfidia concebida por un corazón de mujer contra un varón portador de armas para defenderse, contra un guerrero que con razón inspiraba respeto a sus enemigos”.

La mujer con deseo es inaceptable, causante de males, como pasó con Helena, perseguida y culpabilizada por seguir su deseo, ese otro hombre “cubierto de oro”, deslumbrante, más deseable y por tanto más poderoso.

Lo que provoca la muerte es el amor de Clitemnestra a Egisto. Orestes le dice “¿amas a este hombre?, pues entonces, vas a yacer en la misma tumba.” (483)

A modo de conclusión

Hay algunos elementos que me parecen muy significativos:

El ataque a lo que habla la mujer; tenemos varios tipos de respuesta:

- 1) Llamarla loca: “si dijeras cosas con sentido te contestaría”, es una forma de silenciar y enloquecer, porque se va creando una invalida-

ción del pensamiento, y aparece el inconsciente invalidado (Stolorow y Atwood) que incluye todas esas experiencias que nunca han sido reconocidas ni validadas por nadie. Esto incluye la muerte de la hija; podemos ser dichosos, está con los dioses. Podemos hacer una doble lectura, la negación de la muerte, sigue viva en otro lugar y por tanto la invalidación del dolor y sufrimiento, estás loca si lloras por la pérdida de tu hija.

- 2) Poner en su boca las palabras que se desean oír, y así Eurípides nos trasmite un discurso de sometimiento y de identificación con el agresor que es opuesto al de Esquilo, donde ella se resiste al sacrificio, y donde para evitar las maldiciones, la última de las defensas, a Ifigenia la amordazan.
- 3) Las razones de las mujeres no son escuchadas; el deseo de vivir o el miedo a vivir con un asesino. El padre de Ifigenia no se conmueve ante el recuerdo de lo que han vivido, y el padre de Clitemnestra solo escucha a Agamenón y la obliga a desposarse con el asesino.
- 4) Solo me persuades si antes te sometes, esto le pasó a Casandra con Apolo. Pero el sometimiento ya hace desaparecer su decir, ella no deseaba a Apolo, y Apolo no lo pudo tolerar, una herida narcisista que despertó su venganza, no sería escuchada por nadie, todos la escucharían como si fuera loca.

Referencias bibliográficas

- ALIZALDE, A. (1996). *Tiempo de mujeres*. Buenos Aires: Letra Viva.
- ALIZALDE, M. y Beth, S. (2007). *El techo de cristal*. Buenos Aires: Grupo Lumen.
- ESQUILO (1986). *Tragedias*. Madrid: Gredos.
- FREUD, S. (1917-1919). *Obras completas*. Buenos Aires Amorrortu (1979).
- FROMM, E. (1974). *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo XXI. (1985).
- GREEN, A. (2007). *Conferencias en México*. México: Paradiso. Vol. 1 (2011).
- LORAU, N. (1989). *Las experiencias de Tiresias: lo masculino y lo femenino en el mundo griego*. Barcelona: Acantilado. (2004).
- RONALD, W. y Fairbain, D. (1940-1951). *Estudio Psicoanalítico de la personalidad*. Buenos Aires: Hormé. (1978).
- ROUDINESCO, E. (2002). *La familia en desorden*. Barcelona Anagrama. (2004).
- TUBERT, S. (ed.). (1996). *Figuras de la madre*. Madrid: Cátedra.